Pregón del año 2000

Basi Martínez

Queridos paisanos:

El pregón de este año es particular
por ser el pregón del año 2000.
Hemos llegado a una fecha mítica,
era, esta, la fecha de referencia
cuando de pequeños
hacíamos proyectos sobre el futuro.

Ahora, al mirar el próximo milenio
volvemos a hacer proyectos,
a imaginar cambios,
a tener ilusiones nuevas
y el corazón se llena de esperanza.

La gran esperanza para nuestro pueblo
es que nunca quede abandonado,
que los jóvenes y las generaciones futuras
sientan el pueblo suyo,
que mantengan vivo su espíritu
y respeten las tradiciones de nuestros mayores.

Como cada año, por estas fechas,
acudimos como a una cita fija
a la llamada de nuestro pueblo

que con el reclamo de las fiestas
nos permito gozar del paisaje
y de la presencia de amigos de la infancia.
La generación que en los años sesenta
emigrara a la ciudad,
vuelve hoy, en su jubilación
para remozar sus casas
para respirar aire limpio
y para, recordando viejos tiempos
en sus tardes de biblioteca,
robar al tiempo algo de juventud.
También los niños y adolescentes
acuden a pasar, aquí, sus vacaciones,
unos de trabajo, otros de estudiantes.
Con la bicicleta, el frontenis
y las fiestas de alrededores
todos encuentran
para sus aspiraciones, alicientes.
Yo recuerdo ahora,
mis vacaciones de estudiante.
Los que aprobábamos todo,
el ocho de junio ya dejábamos el Instituto.
¡Qué alegría volver al pueblo!
¡Ver a la familia!
Disfrutar de los esmerados cuidados de la madre
“para compensar el desgaste de los estudios
-decían-
y las malas comidas del internado”
Después de reponer fuerzas
venía la recolección de la esparceta
y los riegos de la huerta;
éramos una mano más
en los quehaceres de la época.
Luego la siega y la trilla
la comida en el campo,
o el almuerzo en la era
a la sombra de la hacina.
Y al compartir el esfuerzo,
lejos de protestar, las posibilidades que con estudiar tendríamos,
nos permitía valorar.
Yo admiraba el amor de nuestros padres a sus tierras,

a sus cultivos, a sus animales,
tan austeros en sus costumbres,
anteponiendo las obligaciones a sus acallados deseos.
Cumpliendo también con las devociones;
los versos a María con las primeras flores de almendro,
la procesión de San Isidro,
los altares decorados del Corpus
y las primeras comuniones.
Tampoco de San Roque se podían olvidas
y protección para sus ganados iban a implorar.
Haber vivido todo esto
deja una huella especial,
siempre grata al recuerdo
y digna de contar.
A nuestros hijos, esas emociones transmitimos,
en ellos una semilla ponemos,
y aunque han nacido en una ciudad grande,
es aquí, donde es más grande su libertad,
donde corres a sus anchas,
van solos a casa de sus amigos,
a beber agua al caño
y a traer, del pilón, renacuajos.
Aprenden a decir "de quién son"
nombrando a sus padres
o abuelos, para mejor identificación.
Cuando vuelven a la ciudad y al colegio,
presumen de tener pueblo,
historias de cabras y ovejas,
torres en ruinas y campos dorados,
plasman en una redacción.
Otros recuerdan sus tertulias en el frontón,
el intercambio de direcciones
y el chico o la chica que les gustó.
Todos esperaron las fiestas con ilusión,
colaborando en el chiringuito,
colocaron bombillas y adornos
y entre forasteros hicieron promoción.
Con esto, me doy cuenta
de cuánto empiezan a querer a este pueblo
tantos corazones jóvenes
que no nacieron aquí.

Así, no es posible que el nuestro
sea un pueblo abandonado o expropiado,
como ha ocurrido con algunos,
en los últimos tiempos.

Todos hemos mostrado interés y apoyo
en reconstruir la Iglesia,
en salvar este legado románico
que trasciende este lugar y este tiempo nuestro.
Y la torre, ¡ay, la torre!
Símbolo del pueblo entero
que cada invierno desafía los hielos y las ventiscas.
¡No puede desaparecer en su propia ruina!

Aquí hay muchas manos
jóvenes y menos jóvenes
dispuestos a luchar
para, con orgullo, poderla apuntalar.
¡VIVA LABROS!